



EL TREN

Ivano Ferrari

DEDICADO A...

A todos aquellos que sacrifican su vida en silencio sólo para ayudar.

A todos aquellos que por alguna razón han perdido la fe y se sienten vacíos.

Para aquellos que tienen una vida aburrida y gris y no se sienten a la altura de los demás.

Para aquellos que no pueden ser lo que quieren, permaneciendo prisioneros dentro de sí mismos hasta la muerte.

A todos los que quieren, pero no pueden, porque no les han dado la posibilidad de ser alguien.

Y a ti que crees que lo sabes todo de todos, y luego te das cuenta que un pequeño detalle vale una vida.

EL TREN

Ivano Ferrari

Copyright © [El tren\(c\) ivano ferrari](#) 2009165348383

PRIMERA PARTE

LA SALIDA

PRÓLOGO

**“¿Carbón o regalos?
Tú eliges”**

Son horas que nieva sin parar, el tren está parado enfrente a la estación, esperando la señal de salida para este largo viaje, en una silenciosa noche de Navidad, donde parece que hasta el tiempo se ha parado.

Mirando el cielo ves una luna blanca redonda y sola, sin miedo y sin prisa, como tú, que la miras queriendo que te hable, que te diga que falta poco, brilla tanto que parece el sol, alargas una mano para tocarla, casi lo consigues, te pones de puntillas y haces otro pequeño esfuerzo, pero todavía sigue demasiado lejos, te ríes pensando en el juego de poderla rozar con los dedos, lo habías visto hacer a un niño con su madre, hace tiempo, durante una noche de luna llena.

A través de la densa nieve ves unas figuras acercándose, faltan pocos minutos para el inicio de esta aventura,

los motores ya están calientes y los pasajeros están llegando.

Te masajeas las piernas, sabiendo que te espera una dolorosa noche, sacas el termo de café del bolso de piel que llevas colgado al hombro y bebes la mitad, te pones la gorra y abres la puerta del tren, llamando a las pocas personas que en esta noche de fiesta están obligadas a estar aquí, empezando un aburrido y frío viaje, que termina al amanecer con una sola parada, la última.

Bajo la luz de esta inalcanzable luna, que tiene la misma sonrisa arrugada y dulce de una

abuela.

Donde nadie se conoce, pero todos tienen una cosa en común, la llegada.

Donde tú sabes los secretos de todos, antes de verles las caras.

Donde tú decides si les llevarán regalos o carbón, si se han portado bien o mal este año.

Donde tú controlas los billetes de sólo ida, de un duro viaje en un viejo tren que solamente tiene un vagón.

—Señores, pueden subir, salimos—

CAPITULO

1

EL

REVISOR

**“Pesado, enorme y cansado, comiendo carbón y escupiendo fuego,
ahora descansa,
esperando un largo viaje entre el blanco de la nieve y el negro de las tinieblas.
Paciente,
mirando a la cara al frio
metal de los railes,
que lo guiarán al final de una vida y al inicio de otra”**

Te obstinas en mirar a través de las pequeñas ventanas del tren, son años que lo haces, en cada viaje buscas algo diferente, un particular que se te haya escapado el día anterior, te esfuerzas por alcanzar con la mirada aquel impalpable horizonte que no tiene comienzo y no tiene fin, sabiendo que lo que ves es siempre lo mismo.

En esta noche de Navidad donde todo es blanco por la nieve, donde las personas felices están cenando con sus propias familias, donde los niños que han sido buenos esperan a Papá Noel, y tú, ¿te has portado bien este año?

Tienes las piernas hinchadas, te duelen, pero tú sigues estando de pie frente a la ventana, mirando un paisaje inexpresivo y silencioso, esperando que hoy cambie, con la ilusión de que suceda.

Sabes que te estás engañando, así después de un largo suspiro te masajearas suavemente las rodillas, y empiezas tu viaje en este pequeño tren que hace sólo una parada.

Tú, frente a la puerta del vagón de pasajeros, antes de desplazarla y entrar,
te paras a pensar que rara es la vida, gente que no se conocen viajando hacia una única estación de llegada, pero cada uno de ellos buscando algo diferente, hay quien se escapa, quien va por amor, por dinero,

o para vengarse de alguien, pero todos van al mismo sitio, que ofrece sólo una cosa, nada.

Tú los conoces, sabes las verdades de todos ellos, ya nada te sorprende, ninguna historia te hace sentir feliz o triste, ya no hay más relatos que te dan miedo, te has acostumbrado, para ti es sólo un trabajo, y con una sonrisa estampada en la cara entras solicitando...

—¡Billetes! ¡Billetes por favor! —

CAPITULO
2
ANTONIO
RODRÍGUEZ

**“El vagón tenía el mismo olor a
viejo y moho
de su casa,
por eso le gustaba,
le hacía pensar en su madre”**

Te acercas y lo ves, un hombre acabado, cansado de una vida que nunca le ha dado nada a cambio.

Ojos amarillos, enfermos y tristes, sentado con las manos en las rodillas, agarrándolas con todas sus fuerzas, como si alguien se las quisiera quitar, mirándote fijo sin ninguna expresión, ¿te estará escuchando?

—Billete por favor—

Lo coge del bolsillo izquierdo de la chaqueta y casi te lo tira en la cara.

¡Si! Te había escuchado.

Tú sigues mirándolo con una máscara de falsa sonrisa y eterna paciencia, y con educación y calma le das las gracias y te vas.

Lo conoces, conoces a todos, sabes que su vida no ha sido fácil, portero de un edificio de una pequeña ciudad, donde todos se conocen, donde nacer, sobrevivir y morir son las únicas cosas que se pueden hacer.

Toda una vida pasada en aquel sitio entre trabajo, casa y hermano.

Hacía años que cuidaba de él, condenado para toda la vida en una silla de ruedas, sin piernas y sin ganas de hacer nada.

Haciendo de padre y madre, el primero casi desconocido y la segunda muerta asesinada, también le hacía de enfermero y de cuidador, lavándolo, medicándolo y ayudándolo en todas las cosas que él no podía y no quería hacer.

A pesar que le hacía de esclavo todo el día, el hermano menor lo odiaba, le echaba en cara a cada momento su situación de minusválido, haciéndole sentir responsable por la pérdida de sus piernas.

Los días pasaban, todos iguales, pequeños trabajos de mantenimiento, limpieza de las escaleras y de la entrada al edificio, el correo, y todas aquellas cosas que hace un portero, y él lo hacía bien.

Con el tiempo había aprendido a detestar aquel trabajo, no tanto, como a la gente que vivía en el bloque, descuidando a veces, por despecho, detalles que molestaban a los residentes, como meter los folletos publicitario en los buzones, o regar demasiado las plantas, haciendo que el agua sobresaliera,

inundando el suelo para luego pisarlo y volver a su casa, escondiéndose detrás de la puerta y espionando a la gente enfadándose.

Eran cosas infantiles, de niño, como su cabeza, que se había parado hacía más de cuarenta años.

Buenos días y buenas tardes, las únicas palabras que decía, era muy reservado y asocial, no le interesaban los cotilleos y se ponía nervioso cerca de desconocidos o en grupos superiores a tres personas, intentaba evitar a los vecinos, no le gustaba ver sus caras siempre educadas y sonrientes.

Para todos era el señor Rodríguez.

Envejeciendo al lado del hermano, sin haber conocido nunca el amor, un poco por falta de tiempo y un poco porque no quería enamorarse, pero sabía lo que era,

lo veía en los demás, los veía atormentarse, pelearse y llorar, y a él no le gustaba sufrir, nunca más.

Se acercaba el día para jubilarse y abandonar todo.

Coger el coche y viajar, conocer todo aquello que no había podido visitar, pero no podía hacerlo, no con su hermano enfermo.

La Navidad estaba al caer y los inquilinos estaban haciendo una recolecta para regalarle algo especial, no el clásico sobre con dinero o una caja de puros, algo diferente, pero, ¿se habrá portado bien este año?

Te alejabas sin pensar en nada, no estás allí para juzgarlo, sólo quieres hacer tu trabajo, quieres terminar pronto para poder sentarte y dar descanso a tus piernas, pero todavía es temprano, así sigues con tu deber, pensando en toda la nieve que está cayendo en esta fría noche que acaba de empezar.

CAPITULO

3

PADRE BRUNO

**“Hoy es el día que nace nuestro Señor,
Pero no le importa,
nunca quiso
la vida eterna,
había perdido su fe,
y su alma había muerto muchos años antes junto a la mitad de su rostro”**

El tren es viejo y huele a madera húmeda, estás acostumbrado, te gusta ese olor, si cierras los ojos te parece que estás en un bosque, te imaginas sentado en medio de hojas, musgos y hongos, luego los abres y delante de ti, sentado en un rincón para no ser visto, está el padre Bruno.

Mientras que con una mano te da el billete, con la otra intenta cubrirse la cara, sin saber que los conoces a todos, y sabes que la mitad de su cara está completamente quemada, y mientras sonriendo le sellas el billete, vuelves a cerrar los ojos y soñar con el bosque, las castañas y el silencio.

Era difícil decir misa en un pequeño pueblo con una cara desfigurada, pero aún más difícil vivir con ella.

Le faltaba todo el lado derecho, el ojo era completamente blanco con manchas amarillas y por la mañana amanecía cubierto de pus y lágrimas, que formaban un pequeño charco después de haber pasado toda la noche llorando.

Sin pestañas y sin cejas, su cabello no crecía y la piel parecía cera, brillante, roja, pequeña y fina, casi transparente, parecía un hueso devorado por un perro.

Le molestaba el sol, el viento, el frío, pero sobre todo los ojos de las personas que lo miraban con repulsión y asco.

Tenía que hablar despacio y lentamente, usando sólo la parte izquierda de su boca, la otra parte estaba completamente cerrada por la cicatriz, y si intentaba expresarse rápidamente o gritar,

empezaba a salir saliva, que, al caer sobre su cuello, lo hacía aún más desagradable y repulsivo a los ojos de la gente, y cuando hablaba tenía que hacerlo mirando al suelo, para evitar escupir en la cara de las personas frente a él.

Estás pensando en las hojas mojadas, y él en sus fieles, que habían dejado de ir a misa para no ver al monstruo.

Las personas son extrañas, las mismas personas que solían amarlo y seguirlo, ahora sienten náuseas y asco, en lugar de compasión y lástima.

Los primeros meses después del accidente, el dolor era insoportable, no podía dormir y no pasaba un día sin que renegara de Dios, le hablaba, le gritaba,

lo insultaba y la gente lo escuchaba fuera de la iglesia, en las calles, a veces daba miedo, gritando y abriendo la boca a medias, la voz se mezclaba con una gran cantidad de saliva y las frases salían distorsionadas, roncas, parecían los gritos de un monstruo, y los mismos niños que se burlaban de él, escapaban por el miedo de las palabras, que terminaban diluyéndose con sonidos inhumanos, haciéndolo parecer un animal herido.

La gente había dejado de amarlo y respetarlo, antes de convertirse en lo que ahora es, todos lo adoraban, lo buscaban para ir a tomar un café o una cerveza, para pedirle consejo o para jugar al fútbol, siempre hacia de árbitro.

Todo esto estaba en su cabeza, era lo que él pensaba, lo que veía en las caras de la gente, evidenciándose los domingos por la mañana con una iglesia completamente vacía.

Pero estaba equivocado, continuaban queriéndolo, lo admiraban como párroco, sólo que lo hacían de una manera particular, evitándolo.

Entonces comenzó a beber, era difícil verlo sobrio, pensaban que lo hacía para no recordar el día del incidente o para olvidar su rostro.

Nadie le decía nada, tampoco Paco, lo dejaban beber, y desahogarse a su modo, blasfemando un Dios pasivo, que lo olvidaba en el limbo en lugar de haberlo matado aquella noche, condenándolo a vivir una vida a medias, pensado que ellos en su lugar abrían hecho lo mismo.

Lo que no entendían es que a padre Bruno no le importaba el dolor físico y tampoco el calvario del alma que no lo dejaba dormir, bebía para colmar el vacío y las preguntas sin respuestas dirigidas a Dios, porque sabía que existía, y no había tenido piedad por él.

Sentado incómodamente en este vagón, buscando la fe perdida el día que le explotó en su cara, como una bomba de fuego, todo el amor que sentía por un hombre que murió en una cruz.

Quemando todo lo que encontraba en su camino y apagándose poco a poco en su corazón.

Un alma sorda, ciega y silenciosa, ahora tan fría como la mitad de tu rostro, suspendida entre el bien y el mal, que lo empuja a perseguirla al final de este viaje.

Tú, cada minuto más cansado, vuelves a abrir los ojos para no quedarte dormido, dejando el bosque y los hongos, para volver a este sucio vagón, mientras fuera sigue nevando, en esta noche de Navidad, donde todos recibirán regalos, y también el Padre Bruno espera el suyo, y piensas si se habrá portado bien este año.

CAPITULO

4

NICOLÁS GUTIÉRREZ

**“Los raíles olían a aburrimiento, como toda su vida,
siempre había sido un mediocre,
como su historia”**

Nunca te gustó la política, ni siquiera todos los negocios legítimos e ilegítimos que conlleva, el control de los bancos, las industrias petroleras, el agua, la electricidad, la mafia, y así, empezando con las pequeñas empresas que gracias a políticos deshonestos llegan a ser intocables.

Al igual que Nicolás, ex alcalde y propietario de una modesta empresa familiar, cercana a la bancarota o casi, que se dedica a comprar maquinaria industrial de segunda mano, para revenderla a países extranjeros, llegó a dar trabajo a treinta y seis personas en poco tiempo, ahora sentado frente a mí, buscando su billete, sin saber si estaba huyendo de alguien o buscando algo, en ese único destino hacia donde se dirigía este tren.

Siempre ha sido una buena persona, cuando era joven, había invertido una gran parte del dinero de su familia en el pueblo donde era alcalde, alquilando solares sin obtener ningún beneficio, el centro de ancianos con las seis pistas de bolos lo había pagado él,

también el parque de los niños, abandonados por la antigua administración municipal, tenía cuatro columpios nuevos, dos toboganes y el césped completamente renovado, gracias a Nicolás, incluso el minigolf fue obra suya y regaló a las arcas municipales la mitad del costo de la nueva piscina.

Luego, se hizo amigo de una persona importante, uniéndose a su partido político, que, a cambio de algún favor económico y los votos de sus ciudadanos, lo hizo llegar a ser un empresario de cierto peso a nivel provincial, envidiado y odiado a la vez.

Se casó con una rica viuda, heredera de la gran fortuna que le dejó su difunto esposo.

No se unían por amor, a ambos le convenía esta boda.

Un hijo precioso y otro muerto de poliomielitis cuando tenía nueve años, durante una noche de un otoño lluvioso, la enfermedad le paralizó los pulmones, dejándolo dormir para siempre.

Si no fuera por la desgracia del hijo, su vida sería casi perfecta.

Mientras le devolvía el billete de sólo ida, en esta noche donde la luna ilumina la nieve como si fuese de día, pensaba en su simple y aburrida vida, una existencia plana, como la de la mayoría de las personas, vivía una realidad melancólica como las avenidas de su ciudad, donde todos los arboles están desnudos y sin vergüenza, y todas las hojas en el suelo muriendo en silencio.

En sus años, trabajando como controlador, conoció a personas extrañas con historias diferentes y únicas, él tenía sólo una pequeña historia, la cual lo hacía aún más común y simple.

Nicolás mirando el blanco paisaje, con un dedo dibuja un corazón en el cristal de la ventana, recordando cuando era niño y contaba los árboles de Navidad que veía desde el coche de su madre, mientras lo estaba llevando lejos, muy lejos,

una tarde oscura de un mes de diciembre, donde la única amiga que tenía era la nieve.

Quizás sea el mejor recuerdo que tenga o puede que sea el único.

Lo miras antes de irte y piensas que se llama Nicolás, como Santa Claus, pero ¿habrá regalos para él? ¿Se habrá portado bien este año?

CAPITULO

5

CRISTINA REDONDO

**“No es justo que en la vida se vea el cuerpo antes que el alma,
y para descubrir la belleza interior debemos morir”**

Más te acercas y más te enamoras de ella, una niña ya mujer, con ojos apagados y una sonrisa sepultada detrás de enormes labios rojos, te mira nerviosa, te saluda y te da el billete.

Tú eres la única persona del tren que la ves como verdaderamente es, le ves el alma, mientras los demás sólo el cuerpo.

Aquel día decidió escaparse, mientras lo hacía no pensaba en nada, ni siquiera en su madre, seguramente pasaran días antes de que se diera cuenta de su ausencia.

Todavía con el cabello sucio de sangre, cogía las pocas pertenencias que tenía, metiéndolas en una vieja mochila, rota y llena de frases y parches de cantantes.

En el cajón chico, escondidos detrás de los preservativos y el Popper, estaba el dinero que tanto le había costado ganar, era mucho, como los años que lo estaba ahorrando.

Imaginándose en otro cuerpo, el de una mujer, ahorraba todo lo que podía para una operación de cambio de sexo, era el único sueño que tenía, luego hubiera podido dejar todo e irse a vivir a la ciudad.

Mateo se convertiría en Cristina, pero no siempre las cosas buenas terminan bien, y por mucho que hubiese luchado por sus deseos, la vida tenía otro destino para él.

Ahora lloraba mientras dejaba todo su sacrificio lejos de sus esperanzas, no sabía dónde ir, así se refugiaba por una semana, que eran dos, que eran cuatro, que era una vida entera, en casa de su mejor amiga, Sandra, una prostituta que un día le salvó la vida de un grupo de skinhead, usando una pistola de fogeo para asustarlos y el móvil para llamar a la policía.

Desde aquel momento se hicieron inseparables.

Sandra, introducía a Mateo, con sólo doce años, en el mundo de la noche, enseñándole los secretos para vender su cuerpo.

Fue ella quién le dio la dirección del cirujano que le habría operado, el mismo que en el sótano de su chalet cerca del lago, opera en la clandestinidad hadas y príncipes que buscan una vida mejor, un amor o simplemente estar bien consigo mismo.

Ahora ya no llora, tú no sabías si se había comportado bien este año,
pero viajaba a tu lado hacia su único destino, para ella desconocido.

CAPITULO

6

EL CHICO

**“Le gustaba la nieve, sus hermanos Vivian en ella,
y eso él lo sabía”**

Hay gente que piensa que es romántico viajar en tren, cogiéndose de la mano mientras esperan su llegada a la estación, verlo así de grande, así fuerte y así solo, el ruido de las pesadas ruedas en los raíles, el chirrido de los frenos o el estruendo al entrar en un túnel, el pensamiento de estar así de cerca y así de lejos, mientras el sonido metálico de una voz te dice el nombre de la ciudad “Se avisan a los señores pasajeros que está llegando en el rail 1 el tren dirigido a...”, la libertad mirando por la ventana mientras el aire te despeina el pelo y te refresca la cara, volver a sentirse niño.

Pero tú no eres como lo demás, para ti es sólo un trabajo, no lo odias, no lo amas, lo haces.

La nieve, parece no tener ganas de parar de caer, en esta noche de fiesta, donde las luces de cien colores están sustituidas por la única que tiene este vagón, una luz sola y triste que se enciende y se apaga como la de los árboles de Navidad.

Melancólica como el rostro de un chico sentado en el medio del vagón, a quien no había visto antes, él también mira la nieve que cae, los campos blancos, y la luna que los ilumina, se da la vuelta y te mira, parece que quiere decirte algo, acércate, no lo hagas esperar.

—No tengo el billete—

Era imposible no tenerlo y poder subir en este tren, no podía suceder.

Te quedas quieto por un momento, casi desaparece esa sonrisa estudiada durante años frente a un espejo, luego lo miras bien y piensas ¿Cuándo ha subido? ¿Cómo? ¿Y ahora que tienes que hacer?

—¿Cómo has hecho para subir sin billete? —

—Estaba sentado en un banco ... ¡no!

Me desperté en un banco de la estación, justo un momento antes de que saliese el tren.

Hacía frío afuera, estaba todo blanco, cubierto de nieve, ni siquiera podías ver las calles, y por más que intentaba mirar lejos, no veía ninguna ciudad cerca de la estación, ni siquiera una casa en la distancia, así que decidí subir para calentarme, pero las puertas se cerraron, intenté abrirlas sin conseguirlo, parece imposible—

—¿Y cómo ha llegado a la estación? ¿Recuerda algo? Porque le repito que es imposible llegar hasta allí—

—No, no recuerdo—

Te dice con una voz tranquila y segura, una voz que te hace sentir un ardor repentino en el estómago y te enfría la espalda, ¿lo conoces? ¿Quién es? Tú que conoces las historias de todos, ¿cuál es la suya?

—Me desperté en la estación, no sé cómo llegué allí—

Ves en sus ojos que no tiene miedo, que está en paz consigo mismo, pero no ves más allá y no sabes por qué.

—¿Cómo puedo bajar? — te pregunta.

—No puede— le contestas.

—¿Como que no puedo? ¿Hará alguna parada el tren? —

—Sí, una, la única—

Le dices mientras te sientas frente a él, te masajeas un poco las piernas, que cada minuto que pasa te duelen más, le sonríes,

y sin decir nada, ambos os dais la vuelta hacia la ventanilla del vagón.

Y ahora estáis sentados allí, observando cómo cae la nieve que también ha cubierto la luna, en esta noche de Navidad, tú con un dolor en las piernas y él sin billete, y piensas si se habrá portado bien este año.

**SEGUNDA
PARTE
EL
VIAJE**

CAPITULO

7

**ANTONIO
RODRÍGUEZ**

**“A veces los buenos no son buenos
y los malos no son buenos”**

El dolor en las piernas te había desaparecido momentáneamente, las estiras y mueves los pies girándolos en el sentido de las agujas del reloj, desde tu vieja boca sale un suspiro de alivio, ahora te puedes relajar por lo menos tres o cuatro horas, conoces bien tus dolencias, y sabes que el dolor te dejara descansar casi hasta la llegada.

Coges el termo y bebes un poco de café, le ofreces una taza al chico, que agradeciendo rechaza, y vuelve a mirar fuera, cierras los ojos por un instante pensando en el bosque, luego empiezas una historia.

PRIMER RELATO 1960

Los gritos de su hermano Roberto lo despertaban sobresaltado.

—¿Qué ha pasado? —

—Mamá me ha hecho galletas, he cogido una y me he quemado—

—Idiota—

Pensaba que a veces su hermano era más infantil de lo que era en realidad.

—Toma cariño, ponte esto en los dedos—

Le decía la madre desde el fondo del pasillo, dándole un vaso lleno de hielo.

Eran hermanos de padres diferentes, Antonio era el mayor, acababa de cumplir diecisiete años, Roberto tenía nueve, era más guapo y educado que él, o por lo menos era lo que le repetía todos los días su madre.

No estudiaba, no trabajaba, pasaba el día en casa con su hermano menor, pero aquella tarde quería ir al centro, le habían dicho que iban a abrir un nuevo bar con ocho mesas de billar y dos de ping pong,

así, acercándose al bolso de la madre, sin ser visto, le robaba un poco de monedas y se iba para ir a jugar algún partido.

La madre salía todas las noches para trabajar, y no volvía hasta la mañana siguiente, a veces lo hacía con hombres, cada vez diferentes.

A Antonio todo esto le molestaba, sabía que lo hacía sólo por dinero, que a ella le gustaba mucho, no lo hacía por amor porque no amaba a nadie, pero a él todo eso le incomodaba.

Cuando llegaba a casa con amigos, como los llamaba ella, Antonio y su hermano menor la espían a través de un pequeño agujero en la pared de su dormitorio, que estaba al lado de la de su madre.

Veían los cuerpos completamente desnudos, la pasión, el sudor.

A veces lo hacía con más de uno, y él miraba y sufría, sentía por la madre un amor antinatural y obsesivo.

Aquella tarde, volviendo a casa y oyendo ruidos que provenían del cuarto de la madre, se dirigió corriendo al agujero de la pared y empezó a espiar.

—¡No! —

Su única palabra antes de quedarse mudo, pálido, sin saliva, en aquel momento hubiese preferido estar ciego o muerto, si existía el infierno era ese.

Sabía que Antonio lo había visto, sabía que él siempre espía a través del agujero de la pared, lo sabía y miraba haciéndole señales con los ojos y con la lengua.

Tomado por una rabia incontrolable, Antonio se dirigía al trastero, cogiendo el hacha, la que usaban durante el invierno para cortar la leña para la chimenea, y sin pensárselo entraba en la habitación de la madre, donde ella, completamente desnuda sobre la cama, abrazaba a su hermano Roberto, él también desnudo, con pintalabios rojo y una peluca rubia.

No sabía lo que estaban haciendo, como tampoco sabía los golpes que le estaba propinando.

Volviendo en sí, vio a su madre inmóvil, tendida en la cama y recubierta de sangre con los ojos abiertos mirando hacia él, como si quisiera decirle algo,

el hermano, también, con el rostro lleno de sangre seguía a su lado y chillaba.

Lo veía, pero no escuchaba los gritos, no oía nada, agarrándolo por un brazo y tirándolo al suelo lo empezaba a golpear, con el mismo hacha que había quitado la vida a su madre, ahora desahogándose con las piernas del hermano.

—¡Chilla bastardo, chilla! ¡No te oigo, chilla! —

Roberto se desmayaba, seguramente por el dolor, le había amputado las piernas.

Apoyando el hacha cerca del cuerpo del hermano, se desnudaba y se echaba al lado de la madre, agarrando los brazos muertos y metiéndoselo sobre el pecho, fingiendo un macabro abrazo.

Pensaba en todos los hombres que se habían aprovechado del cuerpo de la mujer, pensaba en el hermano, y pensaba en la belleza del cadáver todavía templado que tenía a su lado, en cuanto le gustaba estar cerca de ella y quedársela toda para él.

—¡Abrid la puerta! ¡Abrid, policía...

¡abrid! —

Los vecinos, alarmados por los angustiosos gritos de Roberto, habían llamado la policía.

—¡Abrid! ¡Policía! —

Las últimas palabras que escuchaba por un largo y horrible período, un intervalo en su vida, un tiempo que pasará entre pesadillas y recuerdos confusos un pequeño espacio en el tiempo, donde su cerebro se quedará prisionero para siempre.

El chico sentado enfrente tuya te miraba asustado, no sabía porque le había contado esta historia, y sin darle tiempo a decir una sola palabra empezaste otra.

SEGUNDO RELATO 1960

Tenía nueve años y miedo a la oscuridad, odiaba la noche, cuando su madre iba a trabajar y lo dejaba solo con su hermano mayor.

A veces, ella, llevaba gente a casa, y Antonio lo obligaba a espiar a través de un agujero en la pared.

Luego cogía su mano y se la metía dentro de los pantalones, decía que todos los hermanos lo hacen, que era normal.

—Mueve la mano Roberto—

Tenía nueve años, miedo a la oscuridad y a su hermano.

Su madre se portaba mejor con él que con Antonio, lo hacía por la complicidad que había entre ellos, por el oscuro secreto que con el tiempo había llegado a ser algo horrible, en contra de la naturaleza.

Cuando su madre, se quedaba a solas con Roberto, lo lavaba, lo peinaba y lo vestía de mujer, le gustaba hacerlo, luego se desnudaba y lo obligaba a echarse en la cama junto a ella y dejarse abrazar.

Empezando así, un juego raro entre madre e hijo, y un día, entre madre, hijo y clientes.

Aprovechándose de su miedo y de su inocencia, le quitaba lentamente la ropa, haciéndole ver el espectáculo a depravados.

—Si te portas bien mañana te hago galletas—

El asentía sin saber lo que estaba sucediendo, en aquel momento pensaba que era una cosa normal, como la que le hacía hacer su hermano Antonio cuando espiaban a su madre.

A veces se echaba sobre él, casi asfixiándolo, todo para el placer de hombres degenerados, que se satisfacían a sí mismos, mirando el infierno que vivía Roberto.

Tenía nueve años, miedo a la oscuridad, a su hermano y a su madre.

Poco a poco se acostumbraba a los secretos, a los abusos y a los deseos de hombres gordos y viejos para la satisfacción de una madre, que los miraba sentada en una esquina del cuarto con un cigarrillo en la boca, entre la violencia de uno de sus amigos y una luna tan grande que casi le molestaba mirándola,

en esta noche de invierno donde todo estaba cubierto de nieve.

Él lloraba, pero lo hacía a escondidas, no quería que la madre o el hermano lo vieses, tenía miedo de cómo podrían reaccionar, y dentro de él había algo que empezaba a cambiar, lentamente, día tras día, dentro de su cabeza, era como un amigo invisible que vivía en su interior y hablaba con él.

Su madre tenía clientes particulares, los peores de la ciudad, y estaba preparando a Roberto para uno especial, apagándole cigarrillos por todo el cuerpo.

El nuevo amigo tenía gustos singulares, y ella no quería que el hijo huyese por el dolor, así, poco a poco lo acostumbraba a sufrir con estas pequeñas torturas, para una noche diferente, larga y oscura.

Todas las mañanas le preparaba galletas hechas en casa, pero aquel día estaba más nervioso de lo normal, quemándose con la bandeja recién sacada del horno, y despertando al hermano mayor.

—¿Qué ha pasado? —

—Mamá ha hecho galletas, he cogido una y me he quemado—

—Idiota— decía Antonio saliendo de casa.

Aquella tarde estaba solo en casa con la madre, y ella aprovechó el tiempo torturándolo, después de haberlo quemado con los cigarrillos y haciéndolo casi desmayar por el dolor, le hacía ponerse la peluca rubia, y un pintalabios rojo fuego, cansada y con una fuerte migraña se quedaba dormida a su lado, los dos desnudos y tendidos en la cama.

Los despertaba de repente el ruido de la puerta abriéndose, Antonio había vuelto, y él sabía que el hermano mayor los habría visto juntos por la primera vez, espiándolos por el agujero de la pared.

Si pasaba esto, se rompía la promesa hecha a su madre de no decir nada, el secreto desaparecía para siempre, Roberto pensándolo se sentía libre por primera vez, sin haber roto ningún juramento

hecho a la madre,

simplemente los había descubierto, y mirando hacia la pared intentaba hacer señales con los ojos y con la lengua, esperando que Antonio fuese en su ayuda.

Después de unos minutos, que parecían eternos, se abrió la puerta, y como un animal herido y furioso, entraba su hermano con un hacha.

No sabía que quería hacer, nunca había visto al hermano con tanta rabia, y no conocía el motivo por el cual entraba con un arma en la mano, y con sus nueve años la única cosa que podía hacer era chillar y tener miedo.

—¡Qué quieres hacer, idiota! Tira el hacha y vete a tu cuarto, desgraciado, debí abortar en lugar de parirte—

Le decía la madre, despertándose por los gritos de Roberto, seria, enfadada, sin temer la furia que había poseído en aquel momento al hijo mayor, ella lo conocía, sabía de lo que era capaz y de lo que no.

Antonio apoyaba el hacha encima de la cama tapándose el rostro con las manos, y mientras lloraba se arrodillaba a los pies de su madre, suplicando que lo perdonara.

Ella, sin inmutarse y mirándolo con desprecio, le escupía en la cara propinándole un golpe con el pie, haciéndole caer al suelo.

Roberto entre miedo, valor y una voz que le decía que lo hiciera, recogía el hacha abandonada cerca de sus rodillas y empezaba a golpear con todas sus fuerzas a la madre.

El primer golpe impactaba entre la parte alta de la espalda y el cuello, ella girándose por el dolor y la sorpresa terminaba sobre sus piernas, inmovilizándolo a causa del peso de su cuerpo, el segundo golpe le hacía saltar un trozo de cráneo contra la pared, y desde aquel agujero empezaba a brotar sangre, poco a poco, cada vez más rápido, hasta cubrir la pared a la espalda de la cama, cerca del crucifijo de madera,

con una salpicadura roja y caliente, que llegaba a empapar a Antonio, inerte en el suelo, seguramente en shock.

La sangre que le había salpicado en la cara lo había hecho volver en sí, se miraba incrédulo las manos y el cuerpo sucio de rojo, Roberto hacia caer de sus manos el hacha.

—¡Socorro! ¡Socorro! No puedo moverme, quítame a mamá de encima ¡ayúdame! —

No escuchaba, lo miraba fijo, con la mirada perdida entre el hacha que había cogido en mano y su madre, tendida en la cama.

Antonio, levantándose del suelo, lo agarraba por un brazo y lo tiraba a tierra,

levantando el hacha con tal fuerza que golpeando el techo del cuarto le abrió un agujero.

—¡No! Antonio ¿Qué estás haciendo? No, no, no, ¡Antonio! —

—Gritas todo o que quiera, bastardo, no oigo nada—

Un golpe, dos golpes, tres golpes, desahogándose sin pausa, Roberto veía las piernas que se separaban del cuerpo, se podían distinguir los huesos, los tendones, los nervios, los ligamentos, las venas...

Sangraba abundantemente, luego se desmayó por el dolor, despertándose al hospital, entre médicos y policías.

—No te preocupes, va todo bien—

Le decía una enfermera, delgada y alta, mientras sostenía su mano y le acariciaba el rostro.

—No temas nada, todo se ha acabado, ya ha pasado—

Sentía voces, veía personas que no conocía y todo le daba la vuelta.

—Tu hermano ya no está, nadie volverá a hacerte daño, ha contado todo, no te preocupes estás a salvo—

Le decía un policía gordo y sudado, el preguntaba por la madre, no recordaba, sólo sentía un fuerte dolor y un hormigueo.

—¡Mis piernas! ¿Dónde están mis piernas? ¿Dónde las habéis metido? —

Llorando y chillando se tocaba los muñones de carne que le habían quedado en lugar de las piernas, envueltos con vendas sucias de una mezcla de colores entre rojo y amarillo.

Lo escuchaba diciendo que era un milagro si seguía con vida, había perdido mucha sangre, le preguntaban si tenía parientes, para informarlos, hablando de su madre en pasado.

—¿Dónde está mi madre? ¿Y Antonio? —

Roberto no los escuchaba, lloraba, mientras golpeaba con sus pequeños puños lo que quedaba de sus piernas.

Su hermano se había inculcado de todo.

Las monjas del orfanato se comportaban bien con él, las visitas del psicólogo le habían hecho recordar todo aquello que había pasado en su vieja casa, recordaba, pero no contaba todo, había secretos, todos los tenemos, pero los suyos eran enormes.

Él era Roberto, nueve años y no tenía miedo de nada.

CAPÍTULO

8

PADRE BRUNO

**“Si en la vida ves una luz,
no corras hacia ella,
no siempre es el paraíso”**

Te levantas para estirar las piernas, demasiado tiempo sentado no es bueno para tu salud, sin decirle nada, y sin mirarlo, vas al baño para agregar un poco de agua al termo, el café es demasiado fuerte y amargo, pruébalo, ahora va mucho mejor, es más suave, vuelves a poner el termo en tu bolso de cuero y a sentarte frente al chico sin billete, no lo haces para vigilarlo, sabes muy bien que no puede escapar, es imposible, lo haces porque viste algo en él , y comienzas a pensar que incluso si él no tiene un billete, este es su lugar.

—¿Usted cree que exista algo después de la muerte? —

—No sé, nunca he pensado en todo eso, creo que no he tenido el tiempo para hacerlo—

—¿Es usted religioso? ¿Tienes fe en Dios? —

Le preguntas.

—Creo en algo, no sé como llamarlo, pero creo, a veces oigo su voz, lejos, dulce, sé que habla conmigo, aunque no lo vea y soy feliz cuando pasa eso—

—Estoy feliz por usted, a veces tener fe no significa ser religioso o ser un hombre de iglesia, como ese hombre que se tapa la cara, sentado en la esquina al fondo—

TERCER RELATO 2007

Estaba lloviendo sin parar desde hacía dos días, faltaba menos de una semana para la fiesta parroquial y el clima no parecía mejorar.

Todos los años, Paco lo ayudaba a organizar los preparativos, pero esta vez no.

Marta, su esposa, había desaparecido desde hacía casi tres meses sin decirle nada a nadie, ni una nota ni una disculpa, dejándole dos hijos de once y trece años.

La amaba muchísimo, todo el pueblo estaba conmovido por lo ocurrido, era una familia muy querida para los vecinos, de manera especial Paco.

Siempre estaba dispuesto a ayudar a todos sin pedir nunca nada a cambio, una persona honesta y un buen cristiano practicante,

aunque últimamente no era lo mismo, su cabeza a veces no funcionaba bien, por esta razón tomaba pastillas, muchas pastillas, a veces le hacían olvidar cosas, y a veces lo hacían dormir.

Este año el hermano de Paco había ayudado a padre Bruno a comprar fuegos artificiales de contrabando, la verdad es que la mayoría eran para niños, no eran muy peligrosos, pero nadie sabía de dónde venían.

Quería hacer algo diferente, dado la falta de fe que últimamente había en el pueblo, especialmente desde que abrieron el burdel.

Entonces, con la idea de los petardos para regalar a los chicos de la parroquia y a los niños que podían hacerlos explotar con la vigilancia de sus padres, quería que las personas perdidas en el camino del pecado, que hacían la cola en la entrada de la casa de la tolerancia, regresaran a la puerta de la iglesia.

Quería llamar a Paco, pero sabía que sería inútil, aunque era lo único que podía hacer, era un hombre de fe, no sabía mucho sobre petardos y cohetes.

—¿Hola, Paco? ...soy Bruno—

—¡Ah! ...padre Bruno, dígame—

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien? —

—No. Nada va bien desde que se ha ido Marta...no sé, no me siento el mismo de antes, pero si es la voluntad de Dios la acepto—

El cura a veces dudaba de la existencia de Dios, pensaba que Paco no se merecía todo eso.

—No te preocupes, si el Señor ha querido que pase habrá una razón, y visto el buen cristiano que siempre has sido, será para uno de sus planes divinos—

—Gracias padre, ¿quiere algo o sólo era una llamada de cortesía? —

—Quería preguntarte si podrías venir a enseñarme cómo funcionan los petardos que me ha traído tu hermano, yo nunca he disparado alguno, tampoco de niño—

—Padre Bruno, lo siento muchísimo, no sé si me apetece salir de casa, no tengo ni la fuerza para ducharme, ya he tomado un ansiolítico, perdóneme. Si me animo y no me duermo, seguramente pasaré por la iglesia—

—No te preocupes querido, me la arreglaré, más bien, tu date una ducha, quizás te relajes. Y piensa que tus hijos te necesitan—

Padre Bruno se miraba las manos, mientras le estaba quemando el estómago por los nervios y por un extraño dolor, le costaba respirar y la habitación empezaba a dar vueltas, cogía corriendo un vaso y llenándolo de agua se tomaba un poco, ya iba mejor, era sólo un pequeño ataque de

pánico, se estaba acostumbrando a tenerlos, le venían regularmente desde hacía casi tres meses.

Definitivamente el hombre es falso por naturaleza, mentiroso, cobarde e hipócrita, pero hablaremos de todo esto más adelante.

Pensando que la mayoría de los petardos iban destinados a niños, se concentraba en los más grandes, pensando en fabricar una pequeña rampa para meterlos en fila y encenderlos todos a la vez, habría sido la primera vez que lo hacía, y lo quería hacer bien.

Estaba nervioso por los preparativos y por Paco, le daba pena, pensaba en los errores cometidos a lo largo de la vida, en su casi falta de fe, pensó que Dios debería ser mejor con hombres devotos como Paco, y tener una mano dura con aquellos como él.

Era mejor no recordar, tal vez Dios lo perdonara y se olvidara de lo que hizo.

Fuera seguía lloviendo, Paco no llegaba y él cada vez más nervioso, pensando en todas las noches pasadas amando apasionadamente a Marta, mientras el marido se quedaba en casa con los niños, sus hijos.

El pueblo es pequeño y la gente sabe los hechos de todos, él tenía miedo que alguien pudiese ver o escuchar, pero la gente olvida de prisa, quizás distraídos del burdel, y no de su relación que duraba ya catorce años, el tiempo de dejarla embarazada dos veces, el tiempo donde Paco se creaba una vida de mentiras para proteger las infidelidades de su mujer, sabía que los hijos no eran suyos, tenía un problema físico que le impedía procrear, pero no imaginaba que eran del cura del pueblo,

un hombre tan religioso como Paco, seguramente no hubiese reaccionado bien con padre Bruno, engañado por un sacerdote y traicionado por un amigo, no, él no habría reaccionado bien, y peor aún con su esposa, a veces se hacen cosas horribles por los celos.

Temía el juicio de Paco más que el de Dios, lloraba por la sensación de culpa y las lágrimas se mezclaban con el agua de lluvia, mientras iba al almacén donde había puesto los fuegos artificiales, eran las nueve de la noche. Paco seguramente se quedaba en casa, durmiendo por la pastilla.

—Vamos a ver...húmedo, seco, seco, húmedo, húmedo, mojado, esto lo tiro—

El almacén era viejo y el agua de la lluvia pasaba a través de una grieta en el techo, las cajas de los petardos estaban mojadas, así que, poco a poco, uno por uno, el padre Bruno debía revisarlos todos.

—Que nombres raros tienen—

Decía hablando solo.

—Rockets, Volcanes, Cascadas, California, Jaid, Odín ... ¿quién les habrá dado estos nombres? Pirastar 6, Velas Romanas, esto parece un nombre sagrado, católico—

Empezaba a gustarle tener en las manos aquellas pequeñas bombas, en el aire el olor a pólvora de todos los petardos rotos, le provocaba ganas de probar y explotar uno o dos.

Con el pasar del tiempo se iba relajando, olvidándose por un momento de Marta, Paco y de todos los problemas que lo ahogaban durante la noche.

Encendió una vieja radio llena de polvo que todavía funcionaba, estaba cantando Jarabe de Palo "...y volver a ser yo mismo, y que tú vuelvas a ser tú, libre, libre como el aire. Déjame vivir, libre, pero a mi manera, y volver a respirar, de ese aire que me devuelve la vida, pero a mi manera...", haciéndolo parar de su trabajo para escuchar las palabras, luego casi conmovido por la canción, volvía a revisar los petardos.

—Giros, Triángulos, Silbatos, Libélulas, Mefisto, Leones, Lanzaderas, Shuttle ... —

Aquel nombre le gustaba, lo quería probar, cogió el mechero del bolsillo de los pantalones, se encendió un cigarrillo, apoyando lo Shuttle cerca de las Velas Romanas, estiraba la mecha para encenderlo, pero estaba mojada, intentando varias veces sin éxito, decidió cortar un trocito, el más mojado.

Mientras lo encendía, aguantaba la respiración, tenía miedo y el corazón en la garganta, seguía probando a prender el Shuttle, pero estaba demasiado mojado.

Le dolían los hombros por la posición inclinada, un poco también por el tiempo, sufría de meteoropatía, afortunadamente no le influía psicológicamente como en muchos otros casos, sus disturbios eran los fuertes dolores físicos como migrañas, reumas o artrosis.

Así que decidió arrodillarse para estar más cómodo y relajar la espalda, también porque le estaba pasando el miedo a los petardos, y empezaba a fiarse perdiéndole el respeto.

Finalmente, esta vez lo había encendido, los hombros seguían doliéndole, la posición no era muy cómoda como pensaba, y la mecha demasiado corta.

Sonidos raros, rápidos, silbidos ensordecedores le penetraban dentro del cerebro, veía un color blanco y luminoso, puro, parecía el paraíso, en cambio era el infierno, el dolor era tremendo,

las llamas largas y una después de la otra, sin pausa, sin prisa.

El cura probaba inútilmente a levantarse, estaba completamente rodeado por el fuego y los petardos.

Veía mil colores y escuchaba cien sonidos, sentía como la piel de la cara se derretía y le caía dentro de la boca,

abierta por los gritos angustiosos, provocados por un dolor inhumano.

Parecía que le habían metido los huesos de la cabeza en un crematorio.

Después, el silencio, la nada.

Al tercer día Jesús resucitaba, el mismo tiempo empleaba padre Bruno para salir del coma, a su lado en el hospital y agarrándolo por la mano estaba Paco,

lloraba y se inculpaba de no haber ido a ayudarlo aquella noche, a los pies de la cama, sus dos hijos lo miraban fijo, hablaban entre ellos, riéndose en voz baja y burlándose de las vendas que le tapaban la cara.

Y él pensaba si esto era uno de los perversos juegos de Dios, para hacerle recordar que sólo él puede dar y quitar vidas.

CAPÍTULO

9

NICOLÁS
GUTIÉRREZ

**“El ruido del tren era más interesante que toda su vida,
pero algo estaba cambiando”**

El chico te miraba fascinado, no sabía por qué le contabas estas historias y si eran verdaderas o inventadas, pero le gustaban, se sentía intrigado por estas extrañas historias de estos pocos compañeros de viaje.

—Ahora con mucho gusto aceptaría un poco de café—

Coges el termo, lo abres y viertes el líquido caliente en una taza de plástico que tienes en tu bolso, lo bebes, te lo agradece y te devuelve la taza, vas al baño a limpiarla, la vuelves a meter en el bolso de piel junto al termo, vuelves a sentarte, mirando el viento que mueve la nieve que cae, haciéndola jugar en el aire, casi parece que esté nevando desde abajo hacia arriba.

—Siempre me ha gustado la nieve—

Le dices, empezando otra historia.

CUARTO RELATO 2020

—Señor Gutiérrez, puede pasar—

Lo llamaba una voz caliente, sensual,
una chica alta con pelos rojos, una diosa escultural.

—Gracias señorita—

Entraba en la consulta del médico sin quitar la mirada de la nueva secretaria.

Amigos desde muchos años, uno alcalde y emprendedor, el otro doctor genérico y privado, se veían debidamente una vez por semana, restaurante, bar, casa, el sitio daba lo mismo, lo importante era verse.

Como hacen todos los amigos, hablaban de cosas de hombres, que en casa con las propias mujeres no habrían podido decir, un desahogo, un intercambio de secretos y confianzas después de una dura semana de trabajo.

—Todos se quedan con la boca abierta—

—¿Qué? ¿Qué me has dicho? —

—Buenos días Nicolás, digo que todos se quedan con la boca abierta cuando la ven—

Le decía el amigo doctor.

—¿Quién es? —

—La nueva secretaria, suplente digamos, Silvia tiene un pequeño problema familiar, se ha ido un día para otro, por algunas semanas no la veremos, así que he llamado a un número telefónico visto en un anuncio, un folleto, como los que dejan pegados en todas partes, Bárbara, becaria universitaria, veintidós años, estudiante de medicina—

Después de haber almorzado con el médico, hablando de fútbol, mujeres, y sobre todo de la nueva secretaria, volvía a casa pensando en ella, recordando su perfume, y como lo había mirado saliendo de la consulta médica, cruzando por un instante las miradas, había notado algo que no sentía hacía años.

Luego la semana siguiente unas palabras, la otra semana unas risas, hasta tener una cita con Bárbara.

Aquella noche estaba nervioso, nunca había mentido a su mujer, y no hablamos de engañarla con otra.

Sentado en el salón, esperando que su esposa se quede dormida, aburrido de los programas que transmiten a esas horas nocturnas, cogía de la librería un viejo DVD pornográfico y quitando por completo el volumen al televisor, empezaba a procurarse placer a sí mismo, pensando en la secretaria del amigo doctor.

Tres días después iban a cenar en una pizzería de un pueblo cercano, él no quería llevarla a restaurantes elegantes o sitios exclusivos, como hacía con su mujer, Bárbara tenía veintidós años, pensaba que una pizza con una cerveza era la justa elección.

Tenía razón, la noche había sido perfecta, aún más después de la cena, un club nocturno, dos gin tonic, y una mirada cómplice, los llevaba en el aparcamiento frente al bar, donde ella, arrodillada, satisfacía sexualmente a Nicolás, haciéndole lo que su consorte nunca había hecho.

Cuando llegó a casa no podía mirar a la cara a su mujer, no porque se arrepentía de haberla traicionado o por los sentimientos de culpa,

no la miraba porque pensaba en Bárbara, sus labios, sus ojos, la piel joven con los senos duros y sostenidos, sin un gramo de grasa, le parecía estar viviendo un sueño, se estaba enamorando, pero debía tener cuidado en lo que hacía, después del último presunto escándalo sexual, del partido político del cual era miembro, un caso de pedofilia del secretario general, en un círculo ultra católico de derecha, involucrando también a dos obispos.

Nicolás había cambiado todas las cuentas bancarias a nombre de su mujer, la sociedad de ventas de maquinarias, sus propiedades y cualquiera cosa que tuviera valor.

Dos días después se presentaba en la consulta médica con un pequeño paquete, una pulsera de brillantes y oro blanco, pero Bárbara no estaba, se había despedido, en su lugar, un chico con barba, gafas y una coleta rubia, él también tenía veintidós años y pegaba folletos buscando trabajo, era el nuevo secretario.

No siempre triunfa el amor, tú lo sabías, a veces el mismo engaño es sólo una ilusión, un espejismo de pocos segundos que te hacen volar, para luego dejarte precipitar sin frenos, hacia un suelo duro como la realidad y frío como la nieve que seguía cayendo.

CAPITULO

10

CRISTINA REDONDO

**“A veces es difícil crecer,
pasar en un momento de niña
a mujer,
pero aún más difícil es
pasar de niño
a mujer”**

—¿Alguna vez se ha enamorado? —

Le preguntas sonriéndole y apoyándole una mano en la rodilla.

—No lo sé, hace mucho tiempo creo que sí, pero no recuerdo—

—¿Ves aquella chica sentada detrás de usted? ¿Se podría enamorar de ella? —

Tu eres diferente, eres especial, la ves con los ojos del corazón, los demás ven la realidad, tan superficial e inútil como la vida de algunas personas.

¿Hombre o mujer? Donde está la diferencia si el alma es la misma y se ve a través de la mirada y no de la apariencia exterior.

El chico la mira y le sonrío, él también ve lo mismo que tú, ve dentro de ella, hasta el fondo, descubriendo una vida prisionera en un cuerpo equivocado.

QUINTO RELATO 2001

“...Que voy a hacer, je ne sais pas, que voy a hacer, je ne sais plus, que voy a hacer, je suis perdù...”

—Mamá... ¡soy gay! —

“...Qué horas son mi corazón,
me gusta la moto, me gustas tú...”

No, no había entendido, como podía hacerlo, se acababa de inyectar una dosis, no podía entender nada.

La jeringuilla sucia de sangre se le había quedado pegada al brazo, la aguja todavía dentro de la vena parecía ligeramente doblada, seguramente no la cambiaba hacía meses, tirada en la cama y abrazada a su cojín preferido, parecía una niña apretando una muñeca.

Él le quitaba la jeringuilla, apoyándola en la mesita de noche, sabiendo que volverá a usarla la mañana siguiente.

La miraba dulcemente, acariciándole el rostro, quitándole los mechones de pelo que le entraban en la boca y tapándola con un plaid a cuadros verdes.

Por un momento, le había parecido ver una lágrima, salir de un par de ojos grises y sin vida, que cayendo mojaba el cojín.

Era el verano del dos mil uno, en la radio Manu Chao cantaba su canción preferida, tenía catorce años, una madre tóxica dependiente, un padrastro alcohólico y violento, que se hacía ver sólo cuando tenía ganas de tener sexo con su madre.

—Mamá, si me escuchas, yo voy a trabajar...nos vemos a las diez, cuando termino, chao, te quiero—

Trabajaba en la barra de un bar desde la cinco de la tarde hasta las diez de la noche, a veces hacía algunas horas extras, ganaba una miseria, pero su verdadero trabajo lo hacía los fines de semana con una amiga suya, el bar lo usaba para conocer a sus futuros clientes.

Cuando se prostituía cerraba los ojos y soñaba con un precioso seno, no muy grande, largos pelos rubios y labios carnosos.

Le hubiese gustado estudiar y ser madre.

Aquella noche terminaba más tarde de lo normal, eran las dos de la madrugada y había perdido una cita con un joven contable de piel oscura.

Dos horas antes, en el bar, había habido una pelea entre clientes y taxistas, sillas rotas, botellas y vasos por el suelo, un chico apuñalado a la altura del pulmón izquierdo.

Después de la llegada de la policía y algunas preguntas rápidas, Mateo y los demás camareros, limpiaron y ordenaron el bar, preparándolo para la abertura de la mañana siguiente, todas esas cosas casi le hacían perder el último transporte para volver a casa.

En el autobús de vuelta recordaba la cita con el chico de color, a causa de la riña en el bar lo había completamente olvidado.

Buscando el móvil para llamarlo y disculparse, notaba algo duro en el bolsillo izquierdo de la cazadora.

—¿Qué? ¡Oh mierda! Mierda, mierda, mierda—

Un cuchillo de casi quince centímetros lleno de sangre, seguramente el que habían usado durante la pelea.

¿Cómo habrá terminado aquí? ¿Cuándo lo habrán puesto en mi chaqueta? —

Pensaba rápidamente y en voz alta, sentía el estómago duro, un dolor muy fuerte en el pecho, náuseas, le temblaban las manos y las piernas estaban paralizadas como dos trozos de madera.

Un fuerte impulso de vómito le hacía devolver el bocadillo con queso, tomate y mayonesa que había comido en el bar, la única cosa que había tragado, llenando el asiento a su derecha y dejando un desagradable olor que lo obligaba a abrir la pequeña ventanilla, por suerte el autobús estaba vacío.

Cien pensamientos le pasaron por la cabeza, ninguno claro, no sabía qué hacer con el arma.

Estaba indeciso si llevarlo a casa o tirarlo en una alcantarilla, pensando que la segunda elección sería la mejor.

—Sí, lo tiro en la cloaca, esconderlo en casa sería de locos. Lo tiro, pero antes me lavo, me cambio de ropa, lavo también el cuchillo y luego lo tiro—el miedo lo hacía hablar consigo mismo.

Lo dejaba en el bolsillo y seguía con el viaje de vuelta, intentando estar calmado, como si no hubiera pasado nada.

—Por fin he llegado—

Introduciendo la llave en la cerradura y abriendo la puerta, golpeaba algo en el suelo, encendiendo la luz la veía.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Mamá...—

Dijo arrojándose encima de ella y comprobando si aún respiraba.

Estaba llena de golpes, levantando la mirada lo veía a él, sentado en el salón con los pantalones sucios y el pelo grasiento.

—¡Hijo de puta! Qué coño le has hecho esta vez, ¡bastardo! —

Mirando con los ojos entreabiertos se levantaba de la silla frente al televisor, acercándose, casi no podía caminar, borracho como siempre.

—Cállate maricón que despiertas a los vecinos—

Se llamaba Fernando, su madre le decía que tuviera paciencia con él, que fuera respetuoso y le obedeciera, que ella lo amaba y era como un padrastro.

Para el chico era sólo una mierda de hombre, que le procuraba droga a la madre y le pegaba cuando ganaba poco haciendo las calles.

Aquella noche había exagerado golpeándola, seguramente porque eran casi las tres y ella todavía no había ido a trabajar.

—La puerca de tu madre no sabe que eres maricón, pero yo sí, lo sé, no soy un tonto—

—Calla bastardo, ahora llamo la policía—

—¡No! Tu no llamas a nadie, más bien, me haces un buen trabajito, hagámosle ver a tu madre como haces bien las cosas de las mujeres, ¿cómo quieres que te llame? ¿Mariquita? ¿María? ¿Sonia? ¿o Jennifer? —

Acercándose se soltaba los pantalones y se los quitaba.

Se quitaba también el slip.

El chico no sabía qué hacer, estaba paralizado por el miedo.

El padrastro, con una mano le agarraba por los pelos y con la otra intentaba abrirle la boca, golpeándole la cabeza contra el suelo.

—Abre la boca, coño, venga...rápido—

Decía, mientras, sujetándolo más fuerte por los pelos, se aferraba a la mandíbula tirándola hacia abajo.

—¡No! ¡Por favor no! —

El hombre no lo escuchaba, no quería escuchar sus súplicas, sus gritos, la bestia que lo estaba poseyendo era más fuerte que el ser humano, el instinto animal había matado la persona y el alma,

si alguna vez la tuvo.

—¿Cómo quieres que te llame? ¿Moana? ¿Te gusta Moana? —

El buscaba el cuchillo que se había llevado a casa, menos mal que no lo había tirado recién bajado del autobús, pero no recordaba si lo había metido en el bolsillo de la cazadora o en la de los vaqueros.

Finalmente lo encontraba.

Tenía miedo y las manos le temblaban tan fuerte que le hacían caer el cuchillo.

No tenía más fuerzas, cediendo física y mentalmente abría la boca, dejando a Fernando la libertad de hacer todo lo que quería.

De repente la oscuridad, no veía nada, algo de líquido caliente le había entrado en los ojos, casi no podía abrirlos por el dolor, no podía ver, pero escuchaba al padrastro chillar como un loco, no sabía que estaba pasando, tenía la parte más repugnante de Fernando dentro de la boca, pero oía los gritos alejándose y ruidos como de pasos, pesantes pasos y golpes, apartarse de él.

Frotándose los ojos con las mangas de la chaqueta, intentaba abrirlos, veía doble, un poco nublado, pero podía distinguir las imágenes, comprendiendo que el líquido que tenía en los ojos y en toda la cara era sangre.

Veía sangre en el suelo y en la pared, escupía la parte del pene que le había quedado en la boca y veía a Fernando empapado de fluido rojo gritando al fondo del salón.

Girando la cabeza veía a su madre con el cuchillo en la mano.

—¡Cristina! ¡Llámala Cristina hijo de puta! —

Era la última vez que la veía.

Fernando moría desangrado antes de la llegada de la ambulancia, y su madre condenada por homicidio.

Pensaba que una mochila rota, llena de camisetas y los ahorros que tenía en el cajón, eran las únicas cosas que se llevaba de aquel infierno, pero se equivocaba, se llevaba también un recuerdo de él.

Siete meses después de lo que había pasado, durante un control sanitario le decían que era positivo al HIV, en otro momento se le hubiese caído el mundo encima, pero ahora la única cosa que quería era operarse.

CAPITULO

11

EL CHICO

“Mi padre me quería...”

A ti también te hubiese gustado operarte las rodillas, pero sabes que no te serviría de nada.

Suspiras mirando afuera, el panorama es todo igual, más de lo mismo, no puedes saber exactamente dónde estás y ni siquiera cuánto falta para llegar, nadie en el vagón tiene un reloj, tú tampoco, pero la experiencia y el dolor de las piernas que se está volviendo más fuerte, te dicen que falta menos de la mitad del camino.

—Ahora le toca a usted—

—¿Qué? —

Te contesta el chico.

—Es su turno para contarme una historia, la suya, conozco la de todos, menos la que más me interesa, y no sé por qué—

El chico te pide un poco de café, lo bebe y te sonrío.

SEXTO RELATO

—Mi padre me quería mucho, lo sé, tenía grandes planes para mí, comenzando por aquel extraño libro lleno de nombres, lo había comprado para elegir el mío, quería un nombre único, majestuoso, fácil de recordar y sin posibilidad de que, al crecer, los otros niños se burlaran de mí, haciendo una tonta rima con él.

Estaba pensando en todos los deportes que le gustaban, y si a mí también me hubiera gustado, sentado uno al lado del otro, viendo un partido de fútbol, tenis, boxeo y luego inscribiéndome en todos aquellos que no hizo él cuando era niño, en parte porque no podía, en parte porque no sabía.

Los dibujos animados, los bonitos, los dibujos de su generación, pero también los más nuevos, luego películas, series, espectáculos, estaba organizando todo dentro de su cabeza, pasaba noches enteras sin dormir, pensando en mí.

Enseñarme a andar en bicicleta, a dar largas vueltas los domingos por la mañana, ir a los campos, tumbarnos en la hierba y mirar el cielo a mi lado, llevarme al parque y comprarme algodón de azúcar.

Por la noche, jugando a las cartas o los juegos de mesa, pero también a los videojuegos, había construido una máquina de videojuegos, como las antiguas, mi padre me amaba, lo sé.

De niño es fácil enamorarse, hace falta sólo una mirada, una palabra dulce, cuando eres mayor es más complicado, somos nosotros quienes lo complicamos, la verdad es que amar es muy simple.

No hay ningún problema de racismo, de niños todos somos iguales, es cuando crecemos que nos ponemos celosos, envidiosos, no sé la razón, pero comenzamos a odiarnos.

De niños no existe la sexualidad, hombres, mujeres, somos iguales, un hombre puede amar a un hombre y una mujer puede amar a una mujer.

De niños no tenemos un credo, son las personas mayores las que te condenan al infierno.

Cuando eres niño, hermosos y feos, no tienen diferencia, no miramos el cuerpo, vemos el alma a través de los ojos ...—

En ese preciso momento, con esas palabras, entendiste todo, no era necesario que te contara su historia, sabías por qué no tenía el billete, sabías por qué estaba allí, y continuando con una sonrisa falsa, te cae una lágrima y te sientes vacío.

**TERCERA
PARTE**

**LA
LLEGADA**

CAPÍTULO

12

ANTONIO
RODRÍGUEZ

**“Estaba llegando,
él lo sabía
y estaba tranquilo”**

—¿Cuánto? —

—Cincuenta el completo—

—Vamos, vivo aquí cerca—

Le gustaba la noche, siempre le había gustado, como cuando de niño, su madre iba a trabajar, y lo dejaba en casa con su hermano que temía la oscuridad, él no, al revés, no tenía miedo de nada y amaba la tenebrosidad.

También cuando estaba encerrado en el hospital psiquiátrico, siempre buscaba sitios oscuros, en las sombras se podían hacer cosas que durante el día lo hubiesen avergonzado, como ahora, paseando de noche en compañía de una prostituta.

Era un pueblo pequeño, se conocían todos, en las horas nocturnas la ciudad seguía la vida de siempre, pero el pueblo duerme, no se da cuenta.

La prostituta era bellísima, parecía su madre, quizás sea por eso que la había elegido, el mismo perfume, lo mismos labios.

—Vivo aquí, entra sin hacer ruido, no quiero despertar a los vecinos—

La chica era para su hermano, él tenía muchos años, demasiados, seguramente más de setenta, se teñía el pelo, no por parecer más joven, lo hacía porque le gustaba, nunca había estado con una prostituta de joven y no iba a empezar ahora.

Era mucho tiempo que Roberto quería desahogarse sexualmente con una mujer, todos los días se lo recordaba, pero él no lo escuchaba, él sabía y callaba.

—Entra en aquella habitación, mi hermano te está esperando—

Mientras Roberto se libraba, gritando, sin miedo de despertar a los inquilinos, Antonio cogía un sobre del cajón de la librería del salón, abriéndolo lo acercaba a la boca y lo besaba, en su interior una tarjeta de agradecimiento y un folleto de una residencia turística en la costa, una semana todo pagado, era el regalo de los vecinos.

El problema seguía siendo el hermano, no podía ir con él, ni dejarlo solo.

De repente un ruido sordo, como un golpe dado con una pieza de madera en el suelo.

Antonio entraba corriendo en el cuarto de Roberto, era guapísima, desnuda, echada en la cama, se veían las nalgas, ligeramente tapadas por la sábana blanca y por sus largos pelos rubios, parecía que estuviese durmiendo mientras su hermano la golpeaba con un martillo de madera, como aquel que usan los carpinteros, la estaba golpeando con toda la fuerza que tenía, ella todavía respiraba y Antonio se tiraba encima de él parándolo.

Hacía mucho que Roberto quería desahogarse como un animal salvaje, descargando toda su rabia contra una mujer, pero no se lo permitía, sabía cómo era, ya lo había hecho otras dos veces, estaba enfermo.

Antonio conocía el problema de Roberto, pero era su hermano, había pasado veintiséis años entre hospitales y cárceles dejándolo solo y no quería volver a hacerlo.

En aquellos años Roberto había sido criado en la casa de una tía de su madre, ahora difunta por un cáncer de pulmones, con ella no le faltó de nada.

Antonio estaba cansado de soportar aquel gran peso que lo estaba consumiendo dentro y pensaba hacer aquel viaje en la costa.

Se sentía cada vez más sucio por mentir, para defender a un enfermo mental, escondiendo todo en lugar de buscar ayuda profesional, notaba el peso de la muerte aplastándolo y la mirada de Dios que lo estaba juzgando.

—¿Qué coño haces? Estás loco ¡Loco! —

Roberto no hablaba, tenía salpicaduras de sangre en la cara.

—Donde coño se ha metido la chica? —

Había conseguido escapar, tirándose desde la cama y deslizándose por el suelo, pasando por la cocina, levantándose con mucho esfuerzo y llegando hasta la escalera frente al ascensor, fuera de la puerta de casa, desmayándose al instante cuando intentaba gritar, había perdido mucha sangre, estaba débil, la cogió por el pelo arrastrándola casi tres metros, metiéndola en casa y cerrando la puerta.

Ahora debía limpiar la sangre cerca del ascensor, menos mal que era fresca y se limpiaba rápidamente.

Un ruido, pasos, alguien está bajando la escalera ¿dónde habrá metido la escoba?

Aquí está, encontrada.

—Buenas noches señor Rodríguez—

Fingiéndolo barrer el rellano levantaba ligeramente la mirada y veía que era el hijo de la señora del segundo E.

El chico estaba un poco retrasado, mejor para él, seguramente se olvidará de haberlo visto, y aún si hubiese recordado, la única cosa que había visto era el portero con la escoba en la mano haciendo su trabajo.

Siempre lo había dicho que el problema era el hermano, no por su invalidez, sino por la cabeza desequilibrada, nunca se había recuperado de lo que había vivido de niño, y Antonio era uno de los culpables y todavía no había pagado lo suficiente.

Pero esta vez la chica casi se escapa, le costó mucho arrastrarla hasta el salón, sabía que era un viejo sin fuerzas, no aguantaba más ¡basta!

Volviendo a casa, iba directamente a su habitación, cogiendo una maleta y llenándola, el folleto por la costa todo pagado, la llave del coche y sin decir absolutamente nada a su hermano, se marchaba.

Conducía y reía, finalmente era libre después de muchos años esclavo en este edificio, se dirigía al aeropuerto, pisando a fondo el pedal del acelerador sin importarle los límites de velocidad.

Cuando la gente envejece no sólo pierde la memoria, pierde también los reflejos, y esta ha sido la causa de no haber visto la señal de stop y destruirse contra el camión del servicio público para desatascar las alcantarillas.

Tendido en el suelo, después de haber sido catapultado fuera del parabrisas, pensaba donde habían terminado sus piernas, seguramente quedaron dentro del coche a más de cien metros de donde estaba él, todo eso le hacía pensar en las prostitutas muertas, por qué se había escapado y por qué había dejado a Roberto solo.

Viendo el cuerpo mutilado desde las rodillas hacia abajo, sonriendo se acordaba del hermano menor, los dos sin piernas, tosiendo sangre empezaba a reír y a hablar mirando el gris del asfalto.

—¡Ahora ya no te debo nada! Somos iguales... ¡iguales! —

La gente que se acercaba lo miraba asustada, él las miraba acordándose de la prostituta ¿seguirá viva? ¿habrá conseguido escaparse? ¿o la encontrarán muerta al lado del sofá? Pero todo eso no tenía importancia, nada ya lo tenía, y mientras, muriendo lenta y dolorosamente pensaba en todo eso, y con su mano apretaba un billete nunca visto antes, un billete para coger un tren, y una escrita, “Sólo ida, última parada, la paz”.

CAPÍTULO

13

PADRE BRUNO

**“El vino a veces te hace ser sincero,
pero a veces te mata”**

TRES MESES ANTES DEL INCIDENTE

—Salí de casa para barrer la acera, llena de colillas y botellas de cervezas vacías, que los chicos tiraban al suelo durante la noche, me encendí un cigarrillo y a unos veinte metros vi a Paco cruzando la calle hasta el quiosco, y detrás de él, desde una ventana en la segunda planta del edificio amarillo se asomó Marta, que con su misma expresión seria me miró por un instante, sus fríos ojos me helaron la sangre en las venas, luego se giró, mirando al marido que entró al bar, lo miró fijo por un momento, escupió al suelo y cerró la ventana, fue la última vez que la vi ...—

Esto es lo que padre Bruno contaba a la policía cuando Marta desapareció en la nada.

Lo interrogaban con discreción, sin que nadie lo supiera, un pequeño favor que le hacían por ser el párroco.

Sabían de la relación que habían tenido los dos, de jóvenes, pero no sabían que seguía a escondidas.

Una historia de amor y odio que duraba desde hacía muchísimos años, se conocían cuando eran adolescentes, ella con una cola de caballo y la cara llenas de pecas, una camiseta blanca estampada con la cara de Luis Miguel, una minifalda gris y zapatillas deportivas, paseando absorta, en su walkman sonaba Smells like teen spirit de Nirvana, y él al otro lado de la calle con vaqueros ajustados, camiseta de los black Sabbath y en la mano Antología de Spoon River de Edgar Lee Masters.

Aquella mañana entrando a clase se veían por primera vez, y desde aquel momento nunca se dejaron.

Después de pocos meses Bruno abandonaba los estudios de bellas artes para entrar en el seminario, un duro golpe para Marta sabiendo que debía compartir su gran amor con otra persona, Dios.

Pero él sabía que su verdadero y primer amor era otro, no le importaba vestir los hábitos sagrados, lo que había entre los dos chicos iba más allá del credo y la fe.

Con el tiempo las malas lenguas dejaron de hablar, hasta el día que volvió como párroco del pueblo.

Habían pasados varios años, pero los dos seguían viéndose, lo hacían en secreto, esto la gente no lo sabía y con el tiempo se olvidaba también de cuando habían sido novios años antes, luego en un pequeño pueblo el cura es casi intocable y si alguien pensaba algo, se lo guardaba para sí mismo.

Marta se había casado con Paco, un chico de buena familia, católico, muy amado en el pueblo, tiempo después llegaba el primer hijo, luego el segundo, el esposo sabía que los hijos no eran suyos, pero nunca hubiese sospechado de padre Bruno.

Una noche, Marta, sin avisar y sin tener miedo de ser vista, iba a ver al sacerdote, a su casa, entrando sin pedir permiso, desesperada y con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedes venir aquí ¡No puedes! —

Decía padre Bruno, sorprendido y enfadado por la visita.

—Debemos hacer algo para vernos más a menudo, no puedo esperar que inventes excusas para tus fieles cada vez que nos vemos, tengo ganas de ti todos los días, quiero besarte, abrazarte, te quiero sentir—

—Marta por favor, no podemos volver a vernos, no quiero seguir así, las pocas veces que estamos juntos discutimos, ¿sabes lo que me cuesta poder estar contigo? Y Paco, luego...el mejor marido que una mujer pueda desear—

—No me hables de él, bastardo, no me vengas con moralejas, ¡ahora no! Después de haberme embarazado dos veces... no me digas tonterías, con tu aire de superioridad, nunca quisiste saber nada de tus hijos, y yo siempre te he perdonado, eres una mierda—

Ella estaba furiosa y el exasperado.

—Lo siento, no puedo, me siento demasiado sucio por lo que he hecho a Paco, con el tiempo lo he conocido, le he cogido cariño, lo quiero...no duermo de noche pensando en todo eso, y los niños no lo veo porque tú no quieres, recuerda que ha sido una idea tuya de que no tenga contacto con ellos, y luego... —

—¡Eres un hipócrita! —

Lo interrumpía Marta, dándole un golpe en la cabeza con una figurita de porcelana de la Virgen María con Jesús en brazos,

comprada durante un viaje de estudio.

—¡Ahhhh! ¡Para! —

El golpe era fuerte, pero no lo suficiente, Marta había visto demasiadas películas, pensaba poder noquearlo, sin embargo, no era lo bastante corpulenta para hacerlo.

—¡Estás loca! ¡Completamente loca! —

Le decía, mientras la aferraba por el cuello y empezaba a apretar, cegado por la rabia.

El golpe le había provocado un corte profundo en la parte izquierda de la frente, le dolía, la sangre parecía no parar, con una mano se tapaba la herida mientras miraba el cuerpo de la mujer

tirado al suelo.

EN ESTE MOMENTO

Han pasado años desde el incidente, pero no podía olvidarlo, cada espejo, cada charco de agua, cada reflejo le hacía recordar el día que le explotó el mundo en la cara.

Había terminado el último litro de vino de cartón, se sentía cansado, inútil, sabía que esto ya no era su sitio.

—¿Hola? Dígame—

—Buenas noches Paco, soy Bruno, ¿puede venir por favor? —

—Voy en seguida padre—

La voz nerviosa y ebria, había hecho que Paco se preocupara por el amigo, olvidándose que en la cocina en el fuego encendido estaba una olla con un poco de agua, la justa cantidad para una ración de pasta, y en la habitación chica sus dos hijos jugando con el ordenador.

Llegando a casa del párroco encontraba la puerta abierta, el apartamento oscuro y olor a vino, seguramente le habrá caído un cartón a padre Bruno y no lo habrá limpiado.

—Buenas noches, ¿Cómo estás? —

Preguntaba mientras buscaba el interruptor de la luz.

Encontrado.

Desde la pequeña bombilla brillaba una luz amarillenta, casi gris, pero era suficiente para iluminar el salón, donde se encontraba el cura con una pistola en la boca.

—Padre... ¿Qué está haciendo? Me está dando miedo—

Lo miraba llorando y apretando con los dientes el cañón del revólver, una vieja arma encontrada durante unos trabajos dentro de la iglesia, habrá sido cosa del destino dejar que la encuentre o la mano de Dios a meterla dentro de la pared bajo San Judas.

—Padre Bruno, por favor, padre Bruno...

¿Qué quiere hacer? Cálmese por favor—

Paco estaba más agitado que el sacerdote, a pesar de haber tomado una pastilla antes de poner a

hervir el agua.

El cura se quitó la pistola de la boca para poder hablar, metiéndola bajo la cara, entre el cuello y la mandíbula.

—Tus niños son míos, yo soy el padre, lo siento Paco, por favor...lo siento—

No lo quería creer, padre Bruno no.

Era la persona más pura que conocía, como podía haberle hecho algo así, a él, que siempre lo había ayudado, que había alquilado a sus espesas el gimnasio comunal para el bingo de Pascua de hace dos años, que después del incidente iba de casa en casa rogando y suplicando a la gente para que vuelvan a la iglesia, no era real lo que le había dicho, eran mentiras, o era culpa del vino.

—Por favor perdóname, siempre he amado a Marta, siempre—

—No le permito pronunciar su nombre—

Decía mientras se acercaba amenazante.

—Paco...nuestra historia ha empezado hace muchos años y nunca ha terminado, todo eso antes de conocerte, debería habértelo dicho hace tiempo, nunca he encontrado el valor—

Padre Bruno, mirando a los ojos a su amigo, apoyaba en la mesa la mano que tenía la pistola, cerca de un cartón de vino tinto, vacío, quería decirle muchas cosas antes de suicidarse, pero debía hablar en voz baja y despacio, eran cosas importantes que Paco debía escuchar absolutamente, no quería que por culpa de la media cara que le quedaba y de todo el vino que había bebido no se entendiera nada.

Debía hablarle de Marta, de Paco, de los niños, pero sobretodo de las reformas hechas en la iglesia en la pared bajo la estatua de San Judas.

Sin darse cuenta, Paco ya estaba demasiado cerca de él, y golpeándole el brazo le arrebató la pistola, padre Bruno abrió la boca para hablar, pero no se entendía mucho de lo que decía, sintiendo el frío metal del cañón del revolver detrás de él, presionándole el cuello bajo la nuca.

—¡Espera! Tengo que decirte una cos...—

Las últimas palabras del sacerdote.

El salón con la poca luz amarillenta por un segundo se iluminaba de blanco, un estruendo, luego el silencio, interrumpido por el ruido de los latidos del corazón de Paco, el rojo de la sangre se mezclaba con el rojo del vino en la mesa, llegando hasta el centro, donde había un billete de tren con una escrita "Sólo ida, última parada, la redención".

Volviendo a casa Paco iba tambaleándose, parecía borracho, estaba ausente, las piernas iban en una dirección y el cerebro en otra.

Llegando al destino empezaba a dar puñetazos y patadas a la puerta, desahogándose, no por haber matado a un hombre, sino por la rabia de haber sido engañado y traicionado.

Tantos eran los puñetazos y las patadas a la puerta que al final se abrió de golpe, haciendo salir un fuerte olor a gas.

—¡La olla! ¡No! —

Gritaba, recordándose de haber salido de casa con prisa y dejando todo encendido para hervir el agua, y corriendo hacia el cuarto de los niños, pasaba por la cocina y veía el fuego apagado y el gas abierto,

abriendo la puerta se precipitaba hacia la ventana, rompiendo el cristal con un puñetazo, los niños estaban acostados en la cama, durmiendo.

—¡Pablo! ¡José! —

No contestaban.

Paco se acercó a ellos sin casi poder respirar, tocando los dos cuerpos tendidos, sin saber si estaban vivos, y sin saber que la última cosa que padre Bruno le quería decir era que Marta no lo

había abandonado, vivía encerrada y atada en una habitación detrás de la pared bajo San Judas, era un sitio insonorizado, un sitio seguro, lo había hecho construir para ella, aquel día que intentando golpearlo se condenó a una vida de eterna violencia y abusos, encerrada en un sitio, que para ella era el infierno dentro de la casa de Dios.

Nunca la encontrarán, si solo el sacerdote se hubiese explicado mejor, desde su boca le salía un murmullo mezclado con saliva, Paco no podía saber que si no hubiese presionado el gatillo habría vuelto a abrazar a Marta.

Así, sin decir nada, se sentaba en la cama, al lado del hijo mayor, empujando ligeramente el cuerpo a un lado, mirando fijo el videojuego en la pantalla del televisor todavía encendido, cogiendo en mano el joystick y empezando a jugar.

CAPÍTULO

14

NICOLÁS GUTIERREZ

“A veces para buscar el amor debemos llegar al final de los raíles”

Dos semanas después, el sonido del timbre interrumpía el curso online de francés, lo estaba aprendiendo, pensando, que si antes del fin de año conseguía vender la empresa familiar se hubiera ido a vivir en Francia.

—¿Buenos días, dígame? —

—Señor Gutiérrez, me llamo Sebastiano Reyes, soy detective privado y tengo algunas cosas que podrían interesarle—

Le decía, mientras giraba la cabeza en dirección de un coche aparcado al otro lado de la calle, donde en su interior se veían otras dos personas bastante robustas, luego volvía a mirarlo sonriendo.

—¿Puedo pasar? —

Preguntaba a Nicolás, que era un hombre inteligente y sabía que le convenía dejarlo entrar.

—Sí, claro, pase por favor—

No sabía a lo que habían venido esos hombres nunca vistos antes, pero con la experiencia hecha, frecuentando políticos y grandes emprendedores, estaba acostumbrado a tratar con personas arrogantes y a veces peligrosas.

—Vamos al salón, estoy solo en casa, mi mujer ha ido a tomar un café con unas amigas—

—¡Lo sé! Estaba esperando el momento que su esposa saliese para hablar a solas con usted, llevo dos días aparcado allí fuera, al final de la calle—

Era un hombre que sudaba muchísimo, debía ducharse tres veces al día y usar una crema para la dermatitis atópica, si no la usaba, el prurito lo hacía enloquecer, por esto detestaba la vigilancia,

horas y horas esperando el momento propicio, estudiando, fotografiando, escuchando, lo odiaba, y además con otras dos personas, que él tampoco conocía, dos agentes gubernamentales listos para intervenir y no dejar pruebas, si las cosas se complicaban.

Sebastiano, cogía del bolsillo derecho del abrigo un sobre, y lo apoyaba en el centro de la mesa, mirando a Nicolás y encendiéndose un cigarrillo.

—Por favor, nosotros no fumamos en casa, apague el cigarrillo—

—Abra el sobre, no se preocupe de lo que hago—

Dijo sin parar de fumar.

El sobre estaba lleno de fotos, restaurante, club, aparcamiento.

A Nicolás se le derrumbaba el mundo encima, nunca hubiese pensado una cosa como esta, ser chantajeado por una infidelidad, parecía la trama de una mala película.

—Por favor, ¿qué quiere hacer con eso?

¿Cree que a mi mujer le importe una cosa como esa, con nuestra edad?

¿O cree que soy un ex político influyente?

Se ha confundido de persona con estas idioteces—

Nicolás se estaba aguantando, en su interior cientos de sensaciones y sentimientos, un nudo en el estómago, le faltaba el aire y tenía náuseas, pero todo eso escondido detrás de una sonrisa irónica.

La verdad es que estaba pensando en Bárbara, quién era y que le había hecho, como imaginarse algo parecido, pensaba también en su esposa, nunca lo hubiese perdonado, la conocía bien, habría solicitado el divorcio, adiós a la empresa familiar, adiós casa, adiós Francia.

—Para su información, Bárbara, que obviamente no se llama así, es una aspirante a actriz dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero, la he contratado yo hace dos meses, hace mucho que estoy investigando su costumbres y la de las personas que forman parte de su círculo más íntimo, como de su amigo médico y la necesidad urgente de una secretaria, un centenar de fotocopias de una falsa estudiante en medicina, dejándola en el parabrisas de su automóvil, en el bar donde desayuna, en la misma puerta de la consulta médica, cerca de su casa. Ah, una última cosa, Bárbara tiene diecisiete años, es menor—

—¿Qué quiere? Dígame que quiere—

—Me han contratado, no es nada personal, hace no mucho, el secretario general de su ex partido, Manuel Torres, el obispo López y el obispo Acosta, han hecho cosas muy, muy... cómo se lo podría decir, asquerosas, yo no soy nadie para juzgar, pero usted está en posesión de documentos grabados de una orgia con niños desde los ocho años hasta los doce, seguramente

drogas y otras cosas que no me han dicho, quiero todas las grabaciones o hago públicas las fotos—

Nicolás no sabía de qué estaba hablando, personalmente conocía a todas las personas involucradas en este supuesto escándalo, pero no tenía ningunas grabaciones, ni siquiera sabía que tal cosa existía.

—Se está equivocando, no sé nada de todo eso—

Dijo en voz baja y nerviosa, mientras respondía pensaba cómo hacerle entender que le habían dado información incorrecta, nunca le había pasado nada así, toda una vida monótona, en blanco y negro,

en ese momento su cerebro no podía procesar tal noticia, no aceptaba este cambio, no entendía, sólo quería ir a Francia.

—Bien, le doy cinco minutos para pensar donde ha metido el video, de otra manera ya conoce las consecuencias—

—Le repito que se ha confundido de persona—

Tenía miedo, se sentía impotente, no pensaba, no sabía que decir y que hacer, así que empujó a Sebastiano, una vez, dos veces...

—¡Váyase! —

Chillaba Nicolás, no se podía controlar, él, que nunca había dado un puñetazo ni siquiera de niño, toda la vida tranquilo, pero en aquel momento, deslumbrado por la locura y la incapacidad de ser entendido, se transformaba en un animal, intentando agredir a Sebastiano, con un abrecartas de plata que se encontraba encima del escritorio del salón, el mismo que había usado para abrir el sobre de las fotos.

Pero Nicolás no era un hombre robusto, más bien bajo, delgado, débil y viejo, el detective privado le paraba el golpe y lo empujaba hacia un lado.

—¡Pare, por Dios! —

Empujándolo con tal fuerza que, tropezando, cayó golpeándose la cabeza en la esquina del escritorio, muriendo casi al instante.

El cuerpo lo encontraba la mujer, y a su lado, el sobre con las fotos y un billete de tren con una escrita “Sólo ida, última parada, la equivocación”.

CAPÍTULO

15

CRISTINA

REDONDO

**“No hay que tener prisas en la vida,
párate, cierras los ojos y
escucha pasar el tren”**

Era demasiado joven en aquel tiempo, pensaba sin ningún criterio, viviendo el momento y olvidándose de los problemas, la madre, el padrastro, la violación, no podía y no quería concentrarse en lo más importante, la salud.

Ahora se sentía débil, a veces ni siquiera podía levantar el vaso de agua para tomar las medicinas.

Tal vez no las tomaría esta noche, muchas veces lo hacía, le hubiera gustado parar con todas esas pastillas, las pruebas periódicas, los exámenes médicos, viviendo con el temor de que un resfriado común terminara con su vida, a menudo pensaba en el suicidio, pero ni siquiera tenía la fuerza para cortarse las venas.

Ningún arrepentimiento, pensando en todas las personas condenadas a muerte, infectadas en esta ruleta sexual rusa, tal vez el día de su muerte se habría arrepentido, pero hoy no.

Al principio tuvo relaciones sexuales con todos y cada uno, infectando todo lo que pudo, fue como una venganza, un grito silencioso para desahogarse, para quitarse lo que le habían hecho, luego encontró la paz consigo mismo.

La encontró a través del amor, un amor rápido, un amor sincero, un amor de un verano junto al mar, él era del sur, nunca le preguntó la edad, no le importaba, se amaron perdidamente hasta la mañana que una motocicleta lo atropelló y lo mató después de seis horas de agonía.

Nunca más volvió a enamorarse, nunca más pensó en operarse.

Después de un período oscuro, volvió al trabajo pensando que no podía escapar del destino, y si ese era el suyo, lo enfrentaría de la mejor forma que conocía, prostituyéndose.

Pero hoy se sentía más débil de lo habitual, no había comido en dos días, no tenía apetito, incluso fumando marihuana no tenía hambre, y lo poco que tragaba, lo vomitaba.

—Sandra, ¿estás despierta? Voy a trabajar—

—Bien ... ¡oh! Cristina, qué pálida estás, deberías comer algo antes de salir, tal vez un yogur o un chocolate—

—No puedo, si como vómito—

—Inténtalo, por lo menos un caramelo, para el azúcar, no sé...—

—Es inútil, sin embargo, lo haré, gracias por preocuparte por mí—

—¿Tienes las pastillas? —

—No. Hoy no tengo ganas—

—¡No digas estupideces! No son aspirinas, es importante que las tomes, no bromees con estas cosas—

—No sería la primera vez que no las tomo, pero si te enojas lo intentaré, lo haré sólo por ti—

Eran años que vivía con Sandra desde la noche de la violación, para él ella era una colega de trabajo, una amiga, una madre, era la única familia que le quedaba y lo trataba por lo que realmente era, por lo que los demás no veían, para ella era Cristina.

Habían pasado casi tres horas y nadie se había detenido, el tiempo suficiente para pensar en su madre, muerta en prisión por sobredosis, eso era todo lo que sabía sobre ella.

Las modas pasan, y los gais con ellos, las personas nocturnas que siempre buscan nuevas perversiones las han dejado a un lado, para dar espacio a los transexuales.

Todos querían tetas y penes, quien no estaba operado no trabajaba.

Recientemente, la idea de la operación resurgió en su cabeza, tenía el dinero, ese médico clandestino, amigo de Sandra continuaba ejerciendo, si las cosas no cambiaban tenía que hacer algo, por lo menos el pecho.

—Es muy tarde, me voy...adiós a todas—

—¿Ya te vas Cristina? —

—Sí, no me encuentro bien—

—De acuerdo, chao... ¡ah! ¿Sabes a qué hora llega Sandra? —

—Esta noche tenía un servicio en casa, pero a esta hora debería ya estar aquí—

—Perfecto, nos vemos mañana, descansa que te hace falta—

Todas las colegas de trabajo lo querían, conocían su historia, todas tenían historias horribles, pero Mateo ha tenido la peor.

Se sentía aún más débil que antes, se fue por miedo a resfriarse, era lo último que quería esa noche.

—¡Venga! —hablaba sola en voz alta—mañana voy a coger cita y me opero, decidido—

Aceleró sus débiles pasos, apresurándose a llegar a casa, caminando pensaba en Sandra, estaba preocupado por la gran demora de su amiga.

Ella era la única que sabía de su enfermedad con certeza, las otras personas lo imaginaban, su peso lo traicionaba, y también las pequeñas manchas en la piel, esas odiosas erupciones que lo volvían loco para cubrirlos con maquillaje.

Cuando llegó a casa se dio cuenta que la puerta estaba abierta.

—¿Sandra? —

No respondía, seguramente habría ido a trabajar por otra calle o habría tomado un taxi, era imposible no cruzarse.

Para asegurarse que no se había quedado dormida decidió mirar en su habitación, no habría sido la primera vez que después de un buen servicio a domicilio se dormía y no iba a trabajar.

Al entrar vio una persona de pie, de espaldas, y Sandra acostada en la cama, desnuda, o al menos lo que quedaba de ella, tenía un corte profundo en toda la espalda, no era recto, parecía una serpiente, le faltaba un brazo o por lo menos, toda la carne del brazo derecho, sólo se le veía el hueso, las piernas estaban llenas de cortes, cien, doscientos, mil, parecían infinitos, le habían arrancado el pelo y parte de la piel de la cabeza y le habían cortado la mitad de la oreja derecha, todo esto sin girarla y mirarla de frente.

—¡Socorro! ¡Socorro! —

El hombre se alarmó por su grito, era el médico clandestino, el mismo que quería llamar Mateo para que lo operara.

—No he hecho nada, lo juro, ella me ha llamado al teléfono, he escuchado los gritos y he venido corriendo—

Dijo el médico asustado, con la cara blanca y las manos sucias de sangre.

—¿Qué le ha hecho, bastardo! ¡Socorro! ¡Ayudadme! —

Quería escapar, pero era débil, así cuando intento hacerlo el médico le agarro un brazo y estrechándolo con fuerza chillaba, intentando convencer a Mateo que él era inocente.

—No he sido yo, lo juro, créeme...ella me ha llamado—

Con la poca energía que le quedaba, sacó el frasco de perfume de la bolsa, rociándolo en sus ojos, el hombre soltó la presa por el dolor y Mateo aprovechó ese breve momento para escapar.

Traicionado por los tacones de aguja de sus zapatos y sin fuerzas, cayó de las escaleras llegando a la planta de abajo, parándose justo a los pies de un hombre, que lo miraba sonriendo.

—Por favor ayúdenme, acaban de matar a mi amiga, llame la policía—

Le decía tendido encima del último escalón y alargándole la mano, el hombre siguiendo con la sonrisa, agarró un hacha que tenía escondida dentro del abrigo negro, y empezaba a golpearlo.

CUARENTA MINUTOS ANTES

Sandra, esperaba impaciente en su cuarto al cliente, todavía faltaban diez minutos para la cita, y pensando en Mateo llamaba al médico clandestino para coger cita, y dar una sorpresa al amigo deprimido, triste y débil.

El doctor no contestaba, y Sandra aprovechaba para desnudarse completamente, subiendo el tono de la radio para escuchar The show must go on de los Queen a todo volumen, mientras esperaba su encuentro.

Faltaban siete minutos, y quedaba tiempo para hacer otra llamada, pero mientras la estaba haciendo tocaban al timbre.

—Hola amor ¿te molesta si termino con la llamada? —

—Adelante, pero échate en la cama—

Esta vez el médico contestaba al teléfono, y el cliente cogía el hacha y se desahogaba.

EN ESTE MOMENTO

Pero todo eso Mateo no lo sabía, por cada golpe que recibía se veía más bello, más mujer y veía también un billete para el tren con una escrita “Sólo ida, última parada, el alma”.

CAPÍTULO

16

EL CHICO

**“Ha llegado,
ha pasado y se ha ido,
sin que nadie se acuerde de él”**

Mirando al chico te secas la lágrima, y por primera vez en muchos años, la sonrisa con la que lo miras es sincera, él es la única persona que se lo merece.

El chico continúa hablando sin parar, habla sobre el padre y el niño que era, en sus ojos una felicidad nunca vista, y a ti te gusta lo que dice, lo escucharías durante horas, pero casi habéis llegado al destino, a la última parada.

—Mi padre quería vender su moto y su coche por mí, al final no lo ha hecho, no ha sido necesario hacerlo, mi madre lo dejaba una mañana fría y blanca, igual a esta noche, cuando faltaban pocas horas para el día de Navidad.

Yo seguramente he sido bueno, no lo sé, nunca lo podré saber, mi padre sí que lo era, se merecía todos los regalos del mundo, siempre se portaba bien conmigo, mi madre no.

Nunca me ha amado, nunca ha hablado de mí, le molestaba, era sólo un estorbo para ella, cuando estaba con mi padre era feliz, pero cuando él le hablaba de mí, le cambiaba la expresión del rostro, y terminaban peleando.

El día que mi madre dejaba a mi padre, él se suicidaba, lo encontraron ahorcado cerca del árbol de Navidad, y una escrita en el espejo del baño “Te amaré para siempre, aunque no te conoceré jamás”.

La gente pensaba que la nota del suicidio era por mi madre, que quería decir algo, dejando todo en suspenso, pero yo sabía que la escrita era para mí, sólo yo lo sé y esto es suficiente para estar sentado aquí y ser feliz.

Ella se había escapado lejos, no sabía nada del suicidio de mi padre, había escapado para esconder su barriga, porque nadie debía saber que estaba embarazada, y que yo era el ser encarcelado en su cuerpo.

Al día siguiente abortaba, dejándome libre, sin poder conocer la vida, el dolor, la alegría, el amor de un padre, conociendo sólo el odio de una madre—

El chico te sonrío y se da la vuelta mirando la nieve, sabiendo que cada copo es un alma que, como él, nunca verá la vida.

Tú suspiras tristemente, te levantas y te masajearas ligeramente las rodillas, lo miras y sabes que no tiene billete porque no era su momento, está sentado con vosotros por el egoísmo de una madre niña, que queriendo probar los placeres de la vida, sacrificaba otra.

Metes la mano en el bolso de piel, sacas un billete y se lo entregas al chico.

—Gracias señor—

—No, gracias a ti, y perdónanos—

En el billete una escrita “Sólo ida, última parada, el amor”.

EPÍLOGO

“Última parada, la muerte”

Chirrían los frenos del tren, por fin has llegado, no podías soportarlo más, ya eres viejo, demasiado viejo, no ves la hora de echarte en la cama y estirar las piernas.

Luego te ríes, porque sabes que no puedes hacerlo, tienes que volver antes que se haga de noche, hay otras almas esperándote en la estación, hay otras historias que contar.

Esta noche ha pasado rápida, si no era por el dolor en las piernas ni te dabas cuenta, por un momento te has conmovido, no debes hacerlo, tú no puedes, eres el árbitro entre lo justo y lo injusto, eres el juez que decide quien se ha portado bien y quien se ha portado mal, eres la persona que nos coges de la mano y nos guías a los infiernos de nuestros pecados, eres el revisor que nos lleva a la última parada.

Ha dejado de nevar, los pasajeros bajan de uno en uno, algunos tienen miedo, otros son felices, y lo demás están simplemente cansados del viaje.

Es Navidad, tú miras los raíles que parecen no tener fin, y sabes que por el otro lado la gente se está preparando para recibir a sus seres queridos, los niños abren los regalos y los enamorados se besan bajo el muérdago.

En el aire hay un olor a metal y carbón, a humo y sudor, a sangre y amor ¡y tú! ¿te has portado bien este año?

En memoria de
Bimba
y
Randy
D.E.P.
y a Sandor por llenar el vacío
que han dejado